

Un acercamiento al mundo del arte a través de seis obras

Jesús María Montero Barrado

El pasado 15 de abril fue el Día Mundial del Arte. Estuve dándole vueltas sobre qué escribir para la ocasión, pero no fui capaz de hacerlo, ni tan siquiera de encontrar algunas imágenes que pudieran inspirarme. Al día siguiente me topé con tres imágenes que en su día me sirvieron para utilizarlas para mis clases de Historia del Arte en los primeros días del curso académico. Las he aprovechado para dedicar unas líneas al arte como manifestación humana. El problema es que se trataba de tres artistas varones, por lo que decidí completar mi propósito con tres artistas que fueran mujeres. Como llevé un par de años haciendo una recopilación de artistas plásticas, que a la vez estoy acompañando con algunas de sus obras, esa tarea previa me ha facilitado su selección.

Tres artistas varones



Elegí en su momento tres obras de pintura o, más bien, un fragmento de cada una de esas obras: de Velázquez, "El bufón Calabacillas"; de Goya, "La romería de San Isidro"; y Picasso, "Guernica". Aunque para mí estamos ante los tres pintores más representativos -y no tengo miedo en decirlo-, las dos primeras no están entre las más reconocidas de sus autores, cosa que sí ocurre con el "Guernica". Pero eso es lo de menos, porque lo que yo pretendí en su momento no fue tanto destacar las obras en sí, como lo que se desprende de ellas, si nos atenemos a lo que ha solido ser el objeto y el destino de la creación artística a lo largo de la historia.

En las tres obras seleccionadas no estamos ante divinidades, monarcas, guerreros, héroes y heroínas, miembros de la nobleza, santidades... Ni tampoco ante sus gestas, leyendas, milagros, mensajes, advertencias... Por el contrario, se trata de gente común, de esa que ha conformado, y así sigue siendo, la mayoría de las sociedades.



En la obra de Velázquez, "El bufón Calabacillas", aparece un único personaje, un bufón de la corte en el que se pueden observar claras señales de discapacidad, pero que nos sonrío y al que el artista, retratándolo como hacía con cualquier otro miembro del Palacio Real, eleva en su dignidad humana. Los encajes de su cuello y sus puños, contruidos a base de unas geniales pinceladas sueltas, nos recuerdan la gorguera y las puñetas que se usaban entre los distintos estratos de la nobleza. Velázquez había regresado de su primer viaje a Italia, donde observó lo que allí se hacía. Y fue con "sus" bufones con los que experimentó una técnica de trazos libres y cuasi líquidos que con el tiempo iría aplicando sobre otros personajes de la corte, como las infantas o la reina Mariana de Austria, o sobre sí mismo.



Con la "La Romería de San Isidro", de Goya, estamos ante un tropel de personas, dispuestas en diferentes grupos, que caminan hasta perderse en la lejanía. De regreso de una romería popular, en un primer plano hay un grupo de personas, ebrias en su mayoría, que cantan -unas- o callan-otras-, destacando por sus gestos la figura de un hombre con una guitarra, del que no sabemos si la está golpeando o rasgueando. Pintadas a base de trazos anchos y colores ocres, grises, blancos y negros, sus rostros se muestran difusos y deformes. Contrastan con la seriedad y la

austeridad del grupo que está situado en el segundo plano, formado por gente "de bien y de orden" que está ataviada con capas y sombreros -ellos- y vestidos largos y pañuelos -ellas. Es una obra que forma parte de esa colección de *Pinturas negras* que el artista creó durante los años del Trienio Liberal y dejó plasmadas sobre las paredes de lo que fue la vivienda de Goya durante esos años. Todo un mundo de sátiras socio-religiosas y denuncias políticas, resaltadas a base de una técnica de pinceladas anchas y el empleo de los no colores, que no hace sino reflejar unos tiempos turbulentos que van dejando atrás lo caduco sin que atisbe lo que podría ser el futuro.



El "Guernica" de Picasso posiblemente sea la obra más universal del siglo XX. Un lienzo que simula ser un mural, pintado a base de tonalidades grises. Hay cinco figuras humanas que sufren el horror de la guerra: la madre que lanza un grito desgarrador con el hijo muerto en sus brazos; el soldado/artista que está muerto sobre el suelo; la mujer herida que camina medio arrastrándose; y, un guiño a los "Fusilamientos" de Goya, la mujer que clama al cielo levantando sus manos. Y hay una sexta figura, la que porta el quinqué para reforzar la iluminación de la escena: ¿la fotógrafa Dora Maar, testigo con su cámara del proceso creativo de la obra, o quizás también la diosa Venus, que con su presencia quiere mostrarnos la destrucción de la belleza? Hay también tres figuras alegóricas con formas animales: la yegua herida, que representa el pueblo/la república agonizante; el toro que observa sorprendido lo que está ocurriendo, pero que "no es el fascismo"; y ese ave, que es un pegasillo, que recién salido del vientre de su madre intenta volar, pero es herido. Estamos ante el horror de la guerra y con ella la destrucción de la humanidad y del arte. ¿Y quién ejecutó el bombardeo? Cuando en el París ocupado un oficial alemán le preguntó a Picasso si había hecho "eso", refiriéndose al Guernica", la respuesta fue: "No lo he hecho yo, lo han hecho ustedes".

Dos obras, "El bufón Calabacillas" y "La romería de San Isidro", que nos llevan a la concepción pictórica de la pintura, tan presente desde que los pintores venecianos del siglo XVI quisieron que sus pinceles o espátulas aportaran una dosis de mayor libertad a su creatividad. Una concepción

que llegó a la Península de manos de El Greco, que en el siglo siguiente el propio Velázquez descubrió cuando pisó el suelo italiano y que desde finales del XVIII Goya empezó a llevar a sus últimas consecuencias. Y una tercera, "Guernica", que enmarcada en la tradición clasicista de la línea y de la composición, pertenece a un artista que fue capaz de romper con el paradigma de ver lo que en realidad no vemos, para desmenuzar la realidad en cuantos planos se necesiten para poder percibirla.



Tres artistas, que podían haber sido otros u otras en medio de una pléyade tan inabarcable. Y tres obras, que podrían haber sido otras. Pero, ante todo, tres manifestaciones de que en el arte pueden encontrarse formas, significados o anhelos diferentes que nos permitan ver la dimensión humana que nunca les ha faltado.

Tres artistas mujeres



Entre tantas que podía elegir, he optado por tres artistas, como hice con los varones, de las mismas épocas: el barroco, el siglo XIX (aunque en este caso a caballo con el siglo siguiente) y el siglo XX. ¿Qué artistas y obras entonces? Helas aquí: "Susana y los viejos", de Artemisia Gentileschi; "La edad madura", de Camille Claudel; y "Dos desnudos en el bosque", de Frida Kahlo.



Artemisia Gentileschi (1593-1653) está entre esas artistas italianas que entre los siglos XVI y XVII empezaron a dejarse sentir, pese a las dificultades que encontraron para formarse y ser reconocidas. En su caso, que posiblemente fuera el de tantas más, una de esas dificultades consistió en el acoso e incluso violación que sufrió cuando era joven por parte de su maestro. Eso hizo que bastantes de sus obras aparezcan mujeres valientes, de semblante fuerte, si bien inmersas en leyendas religiosas que ayudaran a disimular su propósito. Un ejemplo está en "Susana y los viejos", donde se representa una escena del relato bíblico de la joven Susana: acosada por dos hombres mayores, su denuncia cayó en saco roto, pasando a ser ella la acusada de adulterio; sólo la intervención del profeta Daniel la salvó de ser lapidada. Cultivadora del estilo de Caravaggio, con la presencia de fuertes claroscuros y escorzos, en el cuadro dedicado a Susana estamos ante una obra luminosa, tributo del recién pasado clásico del siglo XVI.



Camille Claudel (1864-1943) pertenece a un tiempo más cercano, pero no por ello cargado de dificultades. Discípula y amante del escultor Auguste Rodin, y hermana del poeta católico Paul Claudel, fue víctima de las convenciones sociales y religiosas que marca el sistema patriarcal. Trabajó en el taller de Rodin y posiblemente algunas de sus obras tengan su sello. Tuvo también influencias de artistas del renacimiento italiano o del barroco francés. Pero, ante todo, fue autora de una obra propia, a la que no le faltó personalidad y calidad. Las tensiones emocionales que conoció en su relación con Rodin están presentes en varias de sus esculturas, como ocurre en "La edad madura": ante el empuje del destino, al que el maestro se ve arrastrado por la vejez y la muerte, la mano de la joven/vida no consigue retenerlo. Se ha interpretado que esa joven es la propia Camille, que ha fracasado en su intento por que Rodin no se quede con su compañera de tantos años. La muerte de su padre, empero, marcó su fin artístico y de libertad, al ser recluida por la familia en una residencia psiquiátrica. No dejó de ser uno de los destinos al uso para mujeres tan transgresoras.



Frida Kahlo (1907-1954) está entre las mujeres más reconocibles del mundo del arte. Ha sido frecuente hacer de ella un mito en el que se mezclan sus problemas de salud, su matrimonio con el pintor Diego Rivera y hasta su azarosa vida amorosa. Eso ha llevado a que se deje en un segundo plano su actividad artística, que siempre estuvo inmersa en una experiencia vital muy rica. Fue una mujer compleja en el buen sentido de la palabra y, por ello, transgresora en relación a lo establecido. Lo hizo ejerciendo su libertad como mujer, reivindicando la cultura mexicana desde sus raíces prehispánicas, defendiendo el mestizaje cultural desde sus propios orígenes familiares, poniendo en entredicho el sistema heteropatriarcal desde su bisexualidad y confesándose comunista. En "Dos desnudos en el bosque" quizás se encuentre la síntesis de todo eso y, por supuesto, esa necesidad de afecto que las personas tenemos. No estamos

tanto en un mundo onírico, como puede parecerlo en el cuadro, como en el anhelo de que así sea.



La lista de artistas mujeres en la que llevo dos años trabajando sigue engrosándose. Resulta más fácil hacerlo con las actuales, que son muy numerosas y cada vez disponen de mayor capacidad de empoderamiento, pero la cosa se dificulta con las de otros tiempos. A medida que nos alejamos, su número va decreciendo y resulta más difícil encontrarlas. En el mundo de la creación artística, que no ha sido exclusivo de los varones, siempre ha habido mujeres pintando, esculpiendo, tejiendo, diseñando edificios, componiendo... Olvidadas, invisibilizadas o no reconocidas durante mucho tiempo, pese al esfuerzo por rescatarlas, siguen quedando muchas en el olvido. Lo que nos obliga a no desistir.

(Las tres últimas imágenes de los artistas varones se corresponden con las siguientes obras: fragmento de "Las meninas", de Velázquez; "Autorretrato" de 1815, de Goya; y "Autorretrato" de 1907, de Picasso. Y en el caso de las artistas mujeres: "Autorretrato como alegoría de la Pintura", de Artemisia Gentileschi; fragmento de "Medusa y Gorgone", de Camille Claudel; y "Autorretrato con monos", de Frida Kahlo).